

En esta hora azul....

Cuando el sosiego y la paz aparecen nuevamente en nuestro horizonte; cuando vamos a recrear nuestro espíritu con el renacimiento de nuestras viejas tradiciones —Teresa de Jesús, mujer Santa, mujer sabia, lucero del viejo Imperio de nuestras letras, decía que cualquier hora y cualquier lugar son buenos para la oración—, todas las horas, alegres o tristes, han de ser buenas para recordar a los que se fueron por el inmenso y sublime espacio al encuentro de la Eternidad.

Ahora en que bajo el signo de un Imperio espiritual que resurge, nos disponemos a quemar en la lumbre purificadora del hogar solariego todos los odios, todos los rencores y todos los recelos surgidos del temporal de la ambición, bueno será que sinceramente nos propongamos enderezar entuertos que sólo conducen al abismo en que a sus anchas galopan los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Nuestros Caídos, desde los luceros celestes, se gozarán el alma —sólo el alma trasciende los umbrales de lo material— en esa nueva reaparición de nuestra Fiesta Mayor, magna más aún después del letargo sufrido y por todos aquellos actos de puro sabor patriarcal.

Acordémonos de ellos, de nuestros Caídos, y en medio del mundanal bullicio levantemos hacia Dios nuestra oración, pensando que por la sangre que ellos derramaron nos está permitido vivir esta riente hora azul.